

suavemente sonrosado y ojos de azul claro y cabello de oro sueña lo ve confirmado á cada momento, en su casa, en la calle, en todas partes. Porque en todas partes veréis seres que más que hombres parecen cosas — pues no pueden tener voliciones y se les embrutece — alineados, vestidos todos de una misma manera — como las bestias de un rebaño que todas llevan roja marca igual — dispuestos á hacer cualquier barbaridad á una sola voz, á una sola indicación del pastor. Porque aún se oye el redoblar de los tambores, el fastidioso toque de las cornetas. Porque aún menguadamente quedan en pié restos de construcciones de los tiempos en que la cruz y la espada todas las contiendas dirimían y los hombres necesitaban defenderse de los hombres...

Formado en un ambiente así, educado por los sistemas aún hoy vigentes, no es extraño que el niño al convertirse en hombre sea un perfecto bruto, si es, lector, que en esto cabe lo perfecto. No es extraño que tolere que pueblos extraños gimán bajo un yugo despótico y que, cuando piden justicia — llámese autonomía, independencia ó lo que se quiera — se les envíe esos rebaños antecedentemente indicados para defender la justicia de la injusticia. Así no es extraño que esos hombres, unos con conocimientos peores que la ignorancia y otros del todo ignorantes, consientan en que el supremo pastor arranque del terruño fecundo — pero no para todos — y del taller productivo — pero no para todos tampoco — á los obreros del campo y de la ciudad para mantener á toda costa la sinrazón ante un entrometido que trae la razón. Lo extraño fuera que la víctima del medio antivital compuesto de hedor de cadáveres y humo de pólvora obrase de otro modo, es decir, como un hombre que tiene conciencia de sus destinos y está dispuesto á realizarlos por medio de la Justicia y la Verdad, del Trabajo y del Amor. — Esos cuatro nombres son de cosas enteramente desconocidas en nuestros tiempos.

* * *

Enseñemos al niño á amar la Naturaleza. Que palpite su corazón al escuchar las canciones rugidas en el fondo de los bosques impenetrables; que adore con el fervor del místico y la

exaltación del panteísta ese abismo lleno de miríadas de mundos cada día más comprensible á nuestros ojos; que el sacudimiento de lo sublime le agite cuando contemple el mar siempre bello y siempre grande, cuando rompe con furia sus olas en los acantilados ó cuando besa dulcemente las playas de las que el astro eternamente germinador arranca reflejos de oro; que se extasíe ante las ondulaciones de las montañas que yerguen sus cabezas de gigantes por encima de los llanos; que ame esos campos que estallan y sacuden de sus entrañas los frutos y las flores, la nutrición del cuerpo y la de las almas. — Las almas se alimentan con los perfumes de las flores, los cantos de los pájaros y el brillar de las estrellas. No creáis, vosotros que sólo véis poesía en el misterio, en las catedrales que enderezan sus torres al infinito, no creáis que los amantes de la tierra y de la vida queramos suprimir la poesía. —

¡Cuán grande no será entonces la Humanidad! Y nosotros, los pesimistas del presente, pero optimistas del porvenir, la divisamos esa humanidad. Que todas esas miserias que argüís son propias de este mundo, sólo son hijas de los tiempos de un ser que aún no llega á hombre. Por esto el horizonte se ensancha más á nuestra vista.

La única manera de llegar á ello es cambiar de procedimiento: formar la inteligencia del niño de un modo completamente diferente al seguido hasta aquí.

El hombre se redimirá por el Arte y por la Ciencia. El Arte completa la Naturaleza; es el gran compañero de la vida. Siempre se invocará la Ciencia mientras quede un problema que resolver, una verdad que arrancar al misterio de las cosas. El trabajo, cuando el hombre sea hombre, será agradable como un canto, como la mirada de una mujer. Ahora la virtud es una cosa propia de los enfermos: la suprema virtud en la Humanidad nueva, será la fecundidad; no se venerará á la Virgen: se glorificará á la Madre.

Cuando este alto sentido de la vida informe todos los actos del hombre ¡cuán miserables no parecerán todas nuestras glorias, si es que de ellas queda ni siquiera el nombre!

c. R. LLORENS